

La obra de Enrique González Martínez

ROSA tan leve es la poesía que apenas el ala tímida del elogio la toca y ya parece a nuestros ojos menos límpido el polen de su cáliz y menos brillante el oro de sus pétalos. Cuanto más la oprime la mano del analítico, más de prisa huye de nuestra realidad como agua de torrente, azogada de pronto en un reflejo lunar. Al poeta o se le canta en verso, —como conviene a su decoro o con silencioso paso se le acompaña,— un trecho largo o breve, del camino que recorre. Todo nos lo permite en la sonrisa alada del tránsito, todo menos el estudio del crítico que sustituye la húmeda sinceridad de los ojos del amigo con el vidrioso ocular del microscopio que exagera—lo mínimo, cuando no con la lente oblicua y degradada que aleja indefinidamente lo próximo.

Enrique González Martínez, con ser el más grande de nuestros poetas vivos (me refiero por supuesto a los que están todavía en el período de agitada creación) es el menos comprendido y el menos amado. En torno de Tablada se exitan las doctrinas, se labran las reputaciones y se reparte, como en los cuentos de hadas, el bien y el mal. Rafael López que desde hace años tiene castigado con el silencio al público de sus devotos, sienta no obstante a su mesa de honor, en un trance difícil, a menos de cuarenta o cincuenta escritores jóvenes de todos los frentes y hasta de todas las retaguardias. Urbina hace tiempo que desató su hogar, pero desde el exilio al que se condenó, siguen uniéndolo invisibles y seguros vínculos con las almas que lo aman y los jóvenes, no siempre muy jóvenes—que lo imitan. Para que nada falte a este cuadro de felicidad temporal de la literatura patria hasta en la fila de los nuevos se reclutan figuras de maestros y, aunque el término resulte todavía un poco amplio para su escasa corpulencia de escritor, Maples Arce lo adopta entre los suyos y encuentra ocasiones—demasiado a menudo por desgracia—para sustituir el talento con el tipo de doce puntos.

Para todos, pues, sonrío, con la sonrisa entintada de los linotipos, la popularidad del periódico y del libro y para Enrique González Martínez no existe hasta hora en su patria—más que el insulto incomprensivo, cuando no el silencio desdeñoso y a las claras injusto.

¿Motivos? ¿Quién los busca en este instante de desorientación artística en que se rompen todas las brújulas y parecen naufragar el sentido común y el gusto sano de lo hermoso? Bástenos pensar que después de una generación—la del Ateneo de México a cuyos miembros la cultura no acertó por completo a defraudar, vino la nuestra, generación dolorosa, nacida para engañarse y engañar, más dispuesta a fingir talento que a tenerlo. Generación



Enrique González Martínez

(Dibujo de S. HERRAN).

terriblemente gozosa de la incultura en que vive y de la que debiera avergonzarse, como se avergonzaría el obrero, el obrero a quien trata cobardemente de mentir—¡engañar siempre!—si no conociera el uso de las herramientas más indispensables a su oficio.

¿Quién busca los orígenes del desprecio en que se halla, por ahora, la obra firme, proba de un poeta de elección y de constancia cuando se oye por doquiera en el campo de las letras nacionales enaltecer el ruido, exaltar la ignorancia, poner a viles precios el ingenio de la cantina y del lupanar, subrayar con guiones rojos las injurias más soeces en las páginas de los libelos, prostituir, en una palabra, al ansioso dios de la sinrazón los bienes insustituibles del decoro artístico y de la pro-

bididad intelectual? Lo extraordinario es que fué precisamente a esta generación, hoy en apariencia iconoclasta, a la que Enrique González Martínez cautivó, hace apenas unos años con el lírico ensalmo de su palabra límpida y pura. Cambios como este se encuentran a menudo en la historia de todos los imitadores y en las alternativas de todas las literaturas. Tan bruscos, no. ¿Diremos, acaso, que tan injustos e inexplicables tampoco?

Desde un punto de vista se llama a Enrique González Martínez poeta filósofo, es decir—para destruir de una vez el absurdo—se le acusa de ser un poeta de ideas. Algo parecido,—*toutes proportions gardées*,—a un dramaturgo de tesis.

Alejados de la contemplación que en el hombre de equilibrio mental no perjudica en modo alguno a la contienda de la vida, los escritores de última hora encuentran en el autor de *SENDEROS OCULTOS* más meditación de la que sus fuerzas personales resisten. Encolerizados así de un distanciamiento del que debieran sólo culparse a sí propios, consideran como desterrado voluntario a quien no es, en suma, más que un espíritu superior capaz de la emoción humana, disgregada y vehemente que ellos exaltan, pero digno también de esa media hora de silencio y de reflexión sin cuyo goce los bienes del pensamiento y del arte pierden su encanto natural. Se habló mucho en México, hace algunos años, de poesía filosófica. Se acusó a González Martínez de haberla cultivado con exclusivo amor, sin parecer, a punto fijo darse cuenta, de lo violento que este calificativo de filosófico resulta para cualquier poeta de verdad. Que González Martínez lo es, nos lo demuestra sobradamente la cauda de imitadores que su paso ha conmovido en las letras de América: los tímidos, los sinceros, los leales que lo han proclamado desde lejos en su obra y en su vida; los otros ambiguos—como un paisaje empañado por un cristal acuoso—pronto desprendidos del corazón del maestro como